

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143 y 144.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

Cuaderno 19 de ocho entregas,

L47
2235

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

EL MANIFIESTO

UNA MADRE

ENRIQUE PÉREZ REQUENA

D. Pascual Planas

Madrid

Quetzacoatl y de los señores

LIBRO UNDÉCIMO.

Lejos de España.

LIBRO UNDÉCIMO

Lejos de España

CAPÍTULO PRIMERO.

A viajar.

Los ferro-carriles, el vapor de mar y el telégrafo eléctrico han desarrollado de un modo prodigioso el afán de viajar.

Cuando estos elementos poderosos de locomoción no se conocían, el hombre, como la perdiz, nacía y moría en un mismo terreno sin preocuparle lo que existía más allá del horizonte que abarcaban sus ojos.

Generalmente, el hombre nacido en una aldea moría de viejo sin perder nunca de vista la veleta de su campanario.

Hoy es de mal tono llegar á viejo en el mismo ródio donde nacimos. Es preciso viajar, es preciso perder de vista durante una temporada del año, el hogar doméstico y trocar los cariñosos desvelos de la familia por la interesada zalamería de los fondistas extranjeros.

Además, los modernos tienen, para viajar, otra razón poderosa, ó por mejor decir, un pretesto: la salud.

En tiempo de Felipe II, de ese rey fanático que hubiera mandado quemar al inventor del telégrafo eléctrico, los moradores de Madrid, cuando estaban enfermos, se curaban todas sus dolencias sin perder de vista el alcázar de su monarca.

Los médicos entonces visitaban caballeros en una mula ó *pedibus* andando, sin servirse de otros recursos ni de otras drogas que aquellas que *confeccionaba* el farmacéutico del barrio.

Todo para ellos era nacional; desconocían la farsa de esos pomposos anuncios que tanta reputación han dado á los médicos extranjeros.

Pero la sociedad moderna, los hombres y las mujeres del siglo del vapor, del telégrafo y el fósforo, piensan de otro modo y van á buscar la salud á cien leguas de su hogar doméstico, obedeciendo las leyes tiránicas de la moda.

Hoy una mujer elegante puede viajar sin descomponerse ni un solo pliegue de su vestido ni un solo rizo de su cabeza; se hace trajes expreso que ridiculizan ó poetizan sus encantos personales, y con frecuencia se la oye lamentarse de la poca velocidad de una locomotora y de las estrecheces é incomodidades de un coche de primera clase.

Pero, ¿cómo no ha de parecer pesado un tren aunque se le imprima toda la fuerza de la máquina cuando se conocen en Lóndres los *tubos* eléctricos que sirven para conducir diariamente al interior millones de cartas?

Un viaje de este modo es instantáneo: basta darle

presion á la electricidad para que un paquete de cartas cruce veinte kilómetros en la décima parte de un segundo, y el hombre, siempre hambriento de novedades y de emociones, espera con impaciencia el instante en que se resuelva el problema del viaje eléctrico en grande escala.

¡Oh! Entonces para los ricos la existencia será el bello ideal, el paraíso de la tierra, el cielo anticipado, y una lady inglesa, una hija de Lóndres, ataviada con las galas del baile, empaquetándose muellemente en un sillón eléctrico á las once de la noche, podrá encontrarse en los salones del presidente de la república de los Estados-Unidos á las once y un minuto de la misma noche.

Por eso, sin duda, se envidia al rabi-horcado, ave vulgarmente llamada la fragata ó el guerrero, pájaro que, segun Michelet, «duerme literalmente sobre las tormentas, pues se remonta á tales alturas, que encuentra en ellas la serenidad mas completa.

»El vuelo de la fragata es tan rápidamente prodigioso que puede *almorzar en Africa y comer en América*: si prefiere ir mas despacio, divertirse en el camino, tambien puede hacerlo y continuar infinitamente su marcha, segura de que descansará cuando guste con solo desplegar su ala gigantesca, que se encarga de soportar aislada las fatigas del viaje con solo confiarse al viento, su servidor, que se apresura á mecerla y á empujarla.»

La pequeñez del hombre, comparada con el ave que acabamos de mencionar, hace nacer la envidia en el corazon de los naturalistas, y á falta de las inmensas

alas de la fragata, recurrimos á la presion del agua caliente para trasportarnos con la mayor velocidad posible de un punto á otro.

Despues de esta digresion, volvamos, si te parece, lector querido, á encontrar á dos de nuestros personajes en las poéticas riberas del lago Lemán.

Vamos á detenernos en frente del castillo del duque de Broglie, en la orilla opuesta del lago, en la poética casa que construyó el célebre ministro calvinista Diodati y que en 1816 fué ocupada por el inmortal poeta inglés Byron.

El general Lostan habia alquilado esta morada por cinco mil francos anuales, con su jardin, sus majestuosos árboles, sus magníficos puntos de vista y la alta honra poética de haber servido de gruta solitaria para escribir el tercer canto de *Child-Harold* al inmortal autor del *Don Juan*.

Un escritor francés ha dicho: «yo haria á gusto un viaje á Inglaterra si no me asustara la idea de encontrar en el país muchos ingleses.»

Si este miedo se apoderara de los europeos seria preciso no viajar nunca por Suiza, porque los hijos de la soberbia Albion, apenas sienten las primeras brisas de la primavera, se hallan acometidos de un vértigo de viajar por Suiza, que todo lo invaden, y al verles en las orillas del lago Lemán, mas que viajeros desocupados, parecen conquistadores del país helvético.

El valle de Lausana es el punto que con mas avidéz recorren los ingleses, entrando en la morada donde Vol-

taire pasó los últimos veinte años de su vida, y donde un conserje industrioso ha vendido por espacio de mucho tiempo inagotables reliquias á los ingenios admiradores del gran hombre que escribió el *Diccionario filosófico*.

Pero el tiempo, que todo lo devasta, defrauda las esperanzas de los modernos viajeros: la casa donde vivió Voltaire pertenece á un rico joyero; el pequeño teatro donde representó sus últimas producciones, ha sido demolido; el olmo que se enorgullecia de haber plantado con sus mismas manos, lo destruyó un rayo, y la iglesia en cuyas puertas puso con mano sacrílega el filósofo cínico la inscripción *Deo erexit Voltaire* sirve hoy de vivienda á unos labradores honrados.

¡Ah! Si Voltaire se levantara de su sepulcro y volviera á recorrer el pintoresco valle del lago Lemán, soltaria una carcajada homérica viendo los ingleses modernos comprar, por cantidades fabulosas, prendas y objetos que nunca le pertenecieron, mientras dejan abandonada la casa de Diodati, en donde vivió el mas grande de sus poetas y que hoy se alquila por una cantidad módica al primer extranjero que se presenta.

El general Lostan no era muy dado á la poesía; además, su imaginacion se hallaba terriblemente preocupada, y lo que él deseaba era vivir en la soledad con su querida hija. Alquiló, pues, la casa de Diodati porque ocupaba en el lago un sitio pintoresco, porque era una vivienda cómoda y solitaria en dondè esperaba que Clotilde olvidara un amor imposible.

¿Qué le importaba que lord Byron hubiera tenido á la sombra de aquellos árboles sus mas poéticos pensamientos y que la misma Mma. de Staël le hubiera visitado en su poética y solitaria gruta, ni qué los largos razonamientos que en el silencio de la noche mantenía el poeta inglés con su compañero Schelely tratando de los misterios de la doctrina humana y de los sueños de su imaginacion?

El general y su hija se instalaron en la casa de Diodati, tal vez sin saber que habia sido durante algunos años la residencia del célebre navegante inglés, del célebre autor del *Don Juan*, *El Corsario*, *Marino Faliero*, *Child-Harold* y otras varias obras.

CAPÍTULO II.

Tristeza del alma.

Clotilde no protestó ni una sola vez durante el camino de aquella tiranía paternal que la arrancaba de Madrid contra su voluntad; pero su carácter había cambiado mucho y esto causaba una profunda pena al general.

Don Pedro, por su parte, no había pronunciado ni una sola vez el nombre de Daniel, porque aquel nombre evocaba un recuerdo que él quería borrar de la imaginación de su hija.

Pero ¡ay! la voluntad del hombre es impotente en muchos casos de la vida. Clotilde no había olvidado ni un solo segundo á Daniel: el poético panorama que se estendia ante sus ojos avivaba, por decirlo así, el espíritu de su amor, dormido en el fondo de su alma.

Á la caída de la tarde, Clotilde subia á la pintoresca azotea de la quinta: el lago Lemán se presentaba ante sus ojos con toda la grandeza de su poesía. Los buques

de vela latina de los mercaderes, las pequeñas lanchas de los pescadores, los vapores de viajeros cruzaban en todas direcciones por aquel pequeño océano á quien rinde tributo el Ródano, que todos los años es visitado por miles de extranjeros.

Allí, con la mirada tristemente fija sobre las aguas ó en los caprichosos celajes y el pensamiento en Madrid, Clotilde pasaba una hora estasiada con esa dulce vida de los recuerdos.

El general, mientras tanto, triste, taciturno, sombrío, paseaba por el jardín, y como el alma triste y apenada que ha perdido las esperanzas, pensaba que era muy difícil que el olvido descendiera al corazón de su hija.

Sin otros criados que Santiago, su ayuda de cámara, poseedor de todos sus secretos y hombre de toda su confianza y una mujer encargada de la cocina, el general veía pasar muchas veces sus días sin que sus labios se abrieran para pronunciar una sola palabra.

Había alquilado una pequeña embarcación para pasearse en el lago en las noches de luna: Clotilde se hallaba dispuesta á todas las diversiones que le proponía su padre; pero aquellas escursiones, bordeando siempre la costa, poetizadas por la luz de la luna y los cantos de los pescadores, no arrancaban jamás una sonrisa á los frios labios de Clotilde, que, severa y circunspecta como una estatua de mármol, se sentaba en el banquillo de popa al lado de su padre, dispuesta á obedecerle, pero resuelta al mismo tiempo á no sacrificar su amor ante los desconocidos fines del general.

Para don Pedro, padre enamorado de su hija, aquella vida era un tormento insoportable.

Clotilde, mientras tanto, no habia olvidado la promesa hecha á su amiga Blanca, y habia escrito con toda la reserva posible una carta indicándole su paradero.

Pero esta carta era preciso mandarla al correo de Ginebra ó á cualquiera de los pueblos de las inmediaciones del lago, y Clotilde encontraba para ello bastantes dificultades. Confiar en Santiago hubiera sido revelárselo al general, y en cuanto á la cocinera, era difícil entenderse con ella, porque no comprendia ni una palabra del francés ni del español.

Clotilde se convenció de que para hacer llegar á su destino la carta, era menester aguardar una ocasion.

Esta ocasion se presentó al séptimo dia de permanencia en la casa de Diodati.

Acababa de oscurecer; la barca que todas las noches les conducia por el lago se hallaba anclada junto á la orilla.

Clotilde, cogida del brazo de su padre y seguida á dos pasos de distancia por Santiago, se dirigia hácia el embarcadero, cuando dos caballeros salieron ante su paso y uno de ellos pidió al general, en inglés y con los modales de un hombre bien educado, permiso para visitar la morada del célebre lord Byron.

El general les contestó que podian recorrer la casa durante su paseo por el lago.

Esta circunstancia dió tiempo á Clotilde para em-

barcarse antes que su padre y cambiar con el barquero algunas palabras.

El barquero comprendió lo que le pedia aquella señorita y ofreció servirla y guardar el mayor secreto.

Clotilde entregó entonces al marinero la carta y algunas monedas.

Cuando el general fué á reunirse con su hija, ésta se hallaba sentada en el banquillo de proa y mirando con indiferencia las tranquilas aguas del lago.

El marinero soltó la amarra y desplegó la vela: el buque comenzó á deslizarse suavemente por el lago.

Santiago se habia quedado en tierra para enseñar la casa á los ingleses.

Durante una hora reinó el mas profundo silencio en la barca.

Por fin el general, cogiendo cariñosamente una de las manos de su hija, la miró con ternura y la dijo:

—Clotilde, tú ya no me amas como en otro tiempo.

—Eso mismo podria yo decir de tí, padre mio.

—Cometerias entonces una gran injusticia, porque yo te amé hoy mas que nunca.

—Y sin embargo, me has conducido á este desierto contra mi voluntad.

—Eres injusta llamando desierto al lago de Ginebra.

—Padre mio, es desierto todo aquel lugar, por poblado que sea, en donde el alma vaga solitaria, en donde los ojos buscan en vano al sér que se ama.

Y Clotilde, inclinando la frente sobre el pecho, exhaló un suspiro.

El general permaneció contemplándola con tristeza algunos segundos.

—Hace algunos días, desde que salimos de Madrid, que apenas nos hemos dirigido la palabra: yo he temido entablar contigo una conversacion porque me asustaba la idea de que pudieras reconvenirme, y sin embargo, Clotilde, si tú pudieras leer en el fondo de mi alma, estoy seguro que, cayendo arrodillada á mis piés, esclamarías con todo el entusiasmo de tu corazon: «bendito seas tú, padre mio, que me has arrancado de Madrid.»

—Pero yo, pobre y humilde criatura, á quien no le es dado leer en el corazon de su padre, no puedo explicarme su conducta y en vano le he pedido una y otra vez que me explique las razones que le obligan á contrariar mi voluntad, haciéndome la mujer mas desgraciada de la tierra.

—Es un secreto, hija mia, que no puedo revelarte.

—Entonces guarda tu secreto y déjame en mi soledad y mi tristeza: yo amo á un hombre, es el primer amor; tú me has dicho: «olvida;» yo no puedo olvidar; pero, hija obediente, no seré nunca la esposa de ese hombre sin el consentimiento de mi padre, y no esperes que jamás ame á otro; yo te hago el sacrificio de mi felicidad, de mi vida, y mi alma quiero enviarla pura al cielo, perfumada con el recuerdo de mi primer amor.

El general comprendió que era imposible continuar discusion alguna con su hija: su única confianza era el tiempo, que todo lo enfria, que todo lo borra.

Aquella noche terminó la escursion sin que el padre y la hija pronunciaran una sola palabra.

Al regresar, Santiago les esperaba de pié junto al desembarcadero.

El general le preguntó si los ingleses se habian marchado.

—Sí, mi general, —contestó,—hace media hora.

Don Pedro dió el brazo á su hija y los tres se encaminaron á la quinta.

Poco despues Clotilde se hallaba encerrada en su habitacion del piso alto.

El general y Santiago en una pieza del piso bajo.

Don Pedro mandó abrir las ventanas que daban al campo y desde donde se veia, á favor de la luna, el poético panorama del lago.

Allí, echado de brazos sobre una de las terrapisas de la ventana, permaneció algunos minutos tristemente preocupado, mientras Santiago, de pié, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho, se hallaba junto á la puerta esperando órdenes.

De repente el general abandonó el sitio que ocupaba y se puso á dar grandes paseos por la habitacion, murmurando en voz baja:

—Todo será inútil: el dia de la verdad ha de brillar tarde ó temprano, y entonces...

El general fijó una mirada en Santiago en que podia verse la cólera, y añadió:

—De todo lo que me sucede tiene la culpa tu torpeza, tu falta de serenidad.

—No, mi general,— contestó Santiago con un acento que parecia tener algo de profético:—no es mi torpeza ni mi miedo lo que nos ha colocado en esta situacion; es la misteriosa mano de la Providencia que vá salvando al justo de los peligros en que trata de envolverle el malvado.

—¡Qué es eso! ¿Tratas de rebelarte? ¿Piensas reconvenirme?—preguntó con amenazadora energía el general.

—Líbreme Dios de semejante desacato, señor marqués. ¡Yo rebelarme! ¡Yo reconvenir á V. E.! Santiago es un leal servidor que no merece esa reconvencion. Mándeme V. E. que me clave un puñal en medio del pecho, y antes de pronunciar la última letra de esa sentencia, se habrá cumplido.

Don Pedro, ante aquel rasgo de noble fidelidad, se sintió avergonzado, y pasándose la mano por la frente, dijo despues de una ligera pausa:

—Perdona, Santiago; he sido injusto contigo, pero sufro mucho y creo que acabaré por perder la razon.

El general se dejó caer en una butaca: diríase que aquella naturaleza de hierro principiaba á flaquear, que aquella organizacion privilegiada comenzaba á descomponerse.

Santiago, que amaba á su amo como el esclavo Eros á Marco Antonio, avanzó algunos pasos, y colocándose al lado del general, le dijo en voz baja:

—Si yo fuera el marqués del Radio, dejaria á un lado rancias preocupaciones, desoiria los consejos de mi esposa, y arrojándome en brazos de mi hija, le revelaria la verdad.

—¡Imposible! ¡Imposible!—tartamudeó el general dirigiendo miradas de espanto en derredor suyo.—¡La verdad! ¡No tengo valor para ello! porque esa verdad que tú me aconsejas roba todos los derechos á Clotilde y la convierte en una hija natural. Y Clotilde es mi orgullo, es mi vida, es mi alma.

—Conozco, señor, que es muy duro, muy terrible para un padre revelar un secreto de esa naturaleza, pero en los trances difíciles de la vida, el hombre prudente de dos caminos malos debe elegir el menos peligroso. Además, no hay ninguna necesidad de que V. E. se tome el trabajo de hacer una revelacion penosa: el cofrecillo de ébano puede encargarse de eso. Allí es una madre la que cuenta sus horas de dolor, la que defiende los intereses de su hijo, la que disculpa al hombre causa de todas sus desgracias.

—Pero esa relacion, escrita por un alma dolorida, por una mujer que fué una mártir y que habla desde la tumba, me haria odioso á los ojos de mi hija, y yo prefiero la muerte antes que perder el cariño de Clotilde, por quien todo lo he arrojado. ¡Ah! ¡Si el doctor Samuel hubiera muerto!

—Ese es otro peligro, señor, que nos amenaza. Samuel se ha librado por dos veces de una muerte cierta: Samuel posee el secreto de Ángela y en vano seria oponerse ya á los fallos de la Providencia.

—Cuando salimos de Madrid se ignoraba el paradero de ese médico.

—Sí; pero el general recordará que solo se encon-

traron dos cadáveres entre los escombros de la *Casa Blanca*: el uno el de Bonifacio, el otro el de Chamorro, el guardian, lo cual demuestra evidentemente que el doctor se salvó. ¿Qué importa, pues, que V. E. guarde el secreto, si el doctor lo revela á Daniel? Todos los sacrificios, todas las penalidades serán inútiles: si Samuel vive, no podrá conseguirse nuestro objeto: si ha muerto, nos amenaza otro peligro: el conde de la Fé.

—El conde de la Fé no revelará una sola palabra á Daniel: la terrible venganza que proyecta consiste en que su protegido ignore quién es su padre.

—De todos modos esta situacion es insostenible, señor general: medítelo bien V. E.

—Bueno, vete, es muy tarde y necesito descansar.

—Está bien, señor, hasta mañana.

Don Pedro, no teniendo razones con que combatir las palabras de su leal servidor, habia puesto un punto á la conversacion. Pero cuando un alma se halla combatida por las terribles tempestades que combatian el pecho del marqués del Radio, en vano quiere buscar en el sueño el descanso de sus amarguras, porque el sueño huye de sus párpados y la noche pasa sin encontrarle.

El general vió nacer desde el fondo del lago la aurora, sin que ni un solo segundo se borrara de su imaginacion el nombre de Daniel ni la profunda tristeza de su hija.

CAPÍTULO III.

Impresiones.

Ya hemos dicho que Clotilde ocupaba el piso alto de la quinta de Diodati.

Clotilde era, por consiguiente, dueña de una habitación, cuyas ventanas tenían vista al lago, y de una azotea.

Para una joven enamorada aquel nido no podía ser mas poético.

El general habia mandado traer un piano de Ginebra.

Clotilde era una prisionera que podia entretener sus melancólicas horas con las armoniosas notas del piano ó escribiendo las impresiones de su alma.

Durante las silenciosas horas de la noche, la joven enamorada subia á la azotea y desde allí, como las vírgenes de Judá, dirigia una mirada hácia el horizonte y exhalaba un profundo suspiro.

Esta soledad, llena de profunda tristeza, de poética

melancolía, no era la mas á propósito para que olvidara un alma enamorada.

Clotilde pasaba las noches dedicada á esa vida de los recuerdos, que tan dulcemente impresionan el alma.

Como el avaro guarda su tesoro, así Clotilde guardaba las tiernas páginas donde escribía las impresiones de su alma.

Estas páginas iban dirigidas á Blanca, á su querida amiga, á su hermana del corazon.

Eran un reflejo verdadero de su alma, un gemido de amor que se escapaba de su pecho, una lamentacion impresa sobre el papel para recordarle en el presente la historia del pasado.

Nosotros, sirviéndonos de los privilegios del novelista, permitiremos á nuestros lectores que penetren en el santuario del pensamiento de Clotilde, leyendo, aunque furtivamente, algunos de los párrafos que escribía durante el silencio de la noche.

I.

«Blanca de mi alma: para tí, que tanto me amas y á quien tanto amo, voy á escribir en este cuaderno las impresiones de mi alma; es un regalo que espero hacerte á mi regreso á España para probarte que no he olvidado un solo instante á aquella á quien dí el dulce nombre de hermana del corazon.

«Mi lengua no ha sabido mentir nunca; ¿cómo, pues, seria posible que mintiera mi alma? Porque mi alma

guiará las puntas de mi pluma al deslizarse sobre el papel.

»Ya estoy en Suiza, ya me tienes instalada á la orilla del poético lago Lemán, habitando una casa que ha alquilado mi padre y que he oído decir sirvió en otro tiempo de gruta solitaria al gran poeta inglés, al célebre lord Byron.

»Desde las ventanas de mi cuarto, que caen sobre el lago, distingo ese inmenso panorama sobre el que tanto han escrito los viajeros; aquí todo es bello: el cielo y la tierra. Los montes y el lago, todo sonríe, todo canta; solo yo estoy triste, solo yo gimo como la pobre avecilla encerrada en su jaula de oro.

»¿Cuánto tiempo durarán mis lágrimas? Solo Dios lo sabe, que es quien lee en el libro misterioso del porvenir.»

II.

«Nada es tan bello como la modesta aldea donde vimos por primera vez la luz del sol, si en ella dejamos las dulces afecciones de nuestra alma.

»Comprendo el afán de todas esas jóvenes ricas que, apenas se casan, abandonan á España y vienen á pasar, con su adorado esposo, la luna de miel en las orillas del lago de Ginebra.

»Para esas parejas enamoradas y felices, Suiza tiene encantos seductores, y como el placer es egoísta y olvidado, pasan para ellas las horas sin dedicar un re-

cuerdo á la dulce patria y ocupados en amarse con toda la fuerza y entusiasmo de la juventud.

«Yo, que no soy feliz, no puedo olvidarme de Madrid, cuyo cielo me parece el mas puro, el mas hermoso del mundo.

«¡Ah, Blanca mia! ¡Qué feliz era yo antes que el amor llamara á las puertas de mi corazon para decirle: «¡despierta!» Si tú no amas, no pongas nunca, como yo, tu voluntad en un imposible.»

III.

«Todas las noches paseo por el lago en una barca que bien podria llamarse la *silenciosa* ó la *melancólica*. Mi padre, sentado á mi lado, apenas me dirige la palabra: yo guardo tambien un profundo silencio, porque mi pensamiento está muy lejos de las aguas por donde nos arrastra la embarcacion.

«Con frecuencia veo pasar otras barcas ataviadas con magníficos toldós y faroles de colores, en donde reina la alegría y la felicidad.

«Ellas conducen al amor por el lago Lemán, y el amor correspondido canta en varios idiomas himnos á la poética luna y á las tranquilas aguas que platea con su disco refulgente.»

IV.

«Comprendo toda la inmensa felicidad que pueden

disfrutar dos almas enamoradas bajo este cielo puro y poético que parece enviar á los mortales una sonrisa celeste; pero mi padre no ha pensado que es muy difícil olvidar en este país que convida á la meditacion y á la vida de los recuerdos.

«Nunca he amado tanto á Daniel como en estas noches tranquilas y serenas en que dejo vagar mi mirada por el diáfano horizonte y envío mi pensamiento á mi querida España.»

. III

Clotilde todas las noches depositaba en aquellas hojas de papel sus pensamientos.

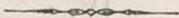
Los dias pasaban y la tristeza de la jóven enamorada y el mal humor del general iban en aumento.

La situación era insostenible, porque el general, que amaba á su hija con toda su alma, temió que aquella profunda melancolía minara su salud, y le propuso emprender un viaje por Italia.

Clotilde le contestó sencilla pero tristemente:

—En todas partes sucederá lo mismo que en las orillas del lago Lemán. Bien estamos aquí, padre mio.

Don Pedro comprendió todo lo que habia querido decirle su hija y desistió de su viaje.



CAPÍTULO IV.

Noticias de España.

Mientras tanto trascurría el tiempo; hacia un mes que Clotilde se hallaba en la poética casa de Diodati.

Los viajeros aumentaban en el lago Lemán.

La animacion, la alegría, la vida se estendia en aquel hermoso lago.

Clotilde pasaba el dia encerrada en la habitacion alta de la casa. Su padre en el piso bajo. Santiago parecia un hombre sentenciado á no hablar.

Á la caida de la tarde se reunian en el jardin y desde allí se encaminaban al embarcadero á dar el paseo nocturno por el lago.

Una de estas noches Clotilde creyó observar que el barquero, aprovechando los momentos en que el general dirigia la mirada hácia otro punto ó se cubria el rostro con las manos, quedándose en tal y meditabunda actitud, le hacia señas enseñándole un papel.

Clotilde comprendió que aquel hombre queria darle una carta, y se estremeció.

¿De quién podía ser la carta sino de Daniel?

Desde el momento que concibió semejante sospecha, buscó la ocasion de apoderarse de aquel papel.

Y efectivamente, al tiempo de saltar á tierra, hizo ademán de apoyarse en el brazo del barquero, y éste rápidamente depositó una carta en sus manos.

Una hora despues Clotilde se hallaba encerrada en su habitacion, sentada junto á una mesa sobre la que se veia una lámpara encendida.

Durante algunos minutos Clotilde, con la carta en la mano y la mirada fija en aquel sobre en blanco, parecia como temerosa de romperle.

En el primer momento habia sospechado que aquella carta no podia ser de otro que de Daniel; de Daniel, á quien el amor habia dado bastante ingenio para enviarle noticias suyas; pero luego, al encontrarse sola, temió haber cometido una imprudencia.

¿No podia ser la carta de algun viajero desconocido que se hubiese enamorado de ella?

En ese caso habia cometido tal imprudencia.

Despues de algunos momentos de lucha se decidió á romper el sobre, y al ver al final de aquella carta el nombre de Daniel, exhaló un grito de gozo y comenzó á leer en voz baja lo siguiente:

«Clotilde: Recibí la noticia de tu ausencia cuando aun me hallaba convaleciente en el lecho, y en aquel mismo momento me hice formalmente la promesa de seguirte hasta el fin del mundo.

»Abandoné mi cama resuelto á poner por obra mi

pensamiento, y por fin hoy he tenido la inmensa dicha de encontrarte; de encontrarte, sí, y he tenido el gran valor de contener los deseos de mi corazón y enviarte, como embajadora del amor que te profeso, esta carta, sin que nadie, exceptuando el hombre á quien la confío, sepa ni que te he escrito ni que vivo á muy corta distancia de tu residencia.

»Ahora voy á hacerte ligeramente una reseña de todo lo que ha sucedido durante nuestra separacion y á suplicarte, si es que me amas como yo te amo, me concedas una cita para que pueda de palabra manifestarte lo inmenso de mi amor y la pureza de mis sentimientos.

»Cuando supe que tu padre te arrancaba de Madrid á pesar tuyo, mi dolor fué grande; pero el conde de la Fé, que me da de dia en dia mas muestras de su paternal cariño, se sonrió viendo mi desesperacion y me dijo sonriendo estas palabras, que fueron para mí de gran consuelo:

—»Tranquilízate; el general se lleva á su hija, pues bien, nosotros iremos á encontrarla.

»Y efectivamente, Clotilde, mi generoso protector me ha cumplido su palabra.

»Largo seria referirte los medios de que se ha valido para encontrarte; pero hoy bendigo á mi padre adoptivo viéndome en las orillas del lago Lemán, instalado en una casa de campo situada á media hora de distancia de la que tú habitas.

»Yo sé, pues, Clotilde de mi alma, la triste y solitaria existencia que pasas.

»El barquero que conduce la lancha que todas las noches te pasea por el lago, es un hombre de mi completa confianza; puedes fiarte de él si quieres escribirme, porque el conde de la Fé ha sido tan generoso con este honrado marinero, que el agradecimiento le presta una obediencia ciega.

»Por él he sabido la vida que haceis en vuestra casa de campo.

»Si tú me amas, si te inspiro confianza, me concederás una entrevista.

»No olvides que toda mi felicidad consiste en verte, en oírte y que hoy mas que nunca urge convengamos el modo mas fácil para que tu padre acceda á nuestros deseos y permita que nos unamos para siempre con el indisoluble lazo del matrimonio.

»Yo no encuentro razones para que el general me rechace; soy el hijo adoptivo del conde de la Fé y me nombra además su heredero universal.

»Llevó, pues, un apellido y una fortuna que no creo deba rechazar tu padre.

»El conde pensaba presentarse al general y pedirle formalmente tu mano para mí: yo he hecho que se suspenda este paso porque deseo antes hablar contigo.

»Espero con impaciencia una contestacion á esta carta.

»Si te decides á escribirme, entrégala al barquero, porque yo todas las noches voy á su humilde cabaña, en donde paso una hora hablando de tí.

»Sé que la habitacion que ocupas tiene dos ventanas

que reciben la luz del jardín. ¡Ah si yo pudiera llegar hasta esas ventanas!...—Daniel.»

Clotilde escribió la siguiente contestacion:

«Nunca me ha parecido tan bello el poético cielo de Suiza como esta noche, y esto es sin duda porque tu carta me indica que te hallas cerca de mí.

»Debo confesarlo sin la afectada hipocresía con que otras mujeres ocultan los sentimientos de su alma: te amo mas que nunca, pero temo tambien mas que nunca por nuestro amor.

»Si mi padre supiera que te hallas cerca de mí, mañana, esta noche misma me arrancaria de las orillas del lago Lemán.

»Necesitamos, pues, de mucha prudencia, de un gran sigilo.

»Creo muy difícil el que se realicen tus deseos, que son los míos. Yo habito en el piso alto de la casa, y para bajar al jardín tengo que pasar por las habitaciones de mi padre.

»Puedo, sin embargo, escribirte, puedes tú escribirme tambien, valiéndonos del barquero, que siempre me ha parecido un hombre de bien.

»Vuelvo á encomendarte que no cometas ninguna imprudencia, pues nos seria fatal. ¡Quién sabe si el tiempo y mi firmeza lograrán vencer á mi padre!

»Adios, Daniel, y no dudes ni un momento de que sabré cumplir la promesa que te hice.—Clotilde.»

Clotilde cerró la carta y la guardó en el bolsillo de su vestido.

Al día siguiente por la noche pudo entregársela al barquero sin gran dificultad.

Ahora veamos nosotros cómo Daniel supo el paradero de su querida Clotilde.

Sabedor el conde de la Fé de que el general y su hija habían tomado por el ferro-carril del Norte, y seguro de que en el mismo tren viajaba un hombre que debía darle cuenta diariamente del itinerario que seguía el marqués del Radio, dispuso su viaje y salió de Madrid á los dos días con el mayor sigilo.

El conde de la Fé tenía un gran interés en que por lo menos el doctor Samuel no supiera el paradero de su protegido, porque este anciano podía, de un momento á otro, revelarle al huérfano el nombre de su padre.

Cuando el conde y Daniel llegaron á París, en la fonda que habían combinado se detendrían, encontraron una carta concebida en los siguientes términos:

«Señor conde: creo que vamos á Alemania: ignoro en qué punto nos detendremos. Soy de opinion que permanezca usted en esa fonda hasta mi nuevo aviso.

»Su mas leal y decidido servidor.—Lorenzo.»

El conde se convenció de que su secretario Castro se había buscado un hombre inteligente y útil para la comisión que le había confiado.

Esperó en la fonda de París ocho días, y volvió á recibir la siguiente carta:

«Nos hallamos hospedados en el Hotel de Inglaterra, en Ginebra: parece que el general desea alquilar una de las preciosas quintas situadas en las orillas del lago Lemán.

«Creo que por ahora no piensa continuar su viaje. Si mis sospechas se realizan, podrá usted venir inmediatamente con su ahijado.

«Su seguro servidor.—Lorenzo.»

Al día siguiente el conde de la Fé recibió este parte telegráfico:

«Instalados en las orillas del lago. Espero á usted en el Hotel de Inglaterra.—Lorenzo.»

El conde participó tan grata noticia á Daniel, y en el tren de aquella misma noche partieron para Suiza.

Lorenzo les esperaba efectivamente en el Hotel de Inglaterra.

Á las primeras palabras que cambiaron, don Fernando se convenció de que Lorenzo valia mucho para su asunto.

—Señor conde,—le dijo,—creo que mi comision ha concluido, puesto que el general Lostan y su hija se hallan instalados en la célebre quinta de Diodati, en las orillas del lago Lemán. Segun he podido averiguar, permanecerán en esa hermosa posesion algun tiempo; pues el general ha pagado adelantado un semestre de alquiler.

—Perfectamente,—contestó el conde frotándose las manos;—estoy satisfecho de usted, amigo Lorenzo, y

sabré recompensar como se merece sus buenos servicios. Ahora es preciso que nosotros alquilemos una casa cerca de la quinta de Diodati.

—Había pensado lo mismo, y hasta me he tomado la libertad de comprometerme con el dueño de una modesta casita situada á media hora de distancia de la que ocupa el general.

—¡Hola! Eso es ser precavido en alto grado, y me felicito por ello.

—Desde la azotea de la casa que acabo de indicar se vé perfectamente la quinta de Diodati, y con un buen antejo se distinguen hasta las personas. Se halla situada tambien á la orilla del lago y he creído que el señor conde necesitaria un barquero de confianza por lo que pudiese ocurrir.

—Ha creído usted muy bien,—repuso el conde, que estaba verdaderamente satisfecho de aquel hombre.

—En las orillas del lago habitan multitud de pescadores que, apenas llega la primavera, arreglan y limpian sus barcas para ponerlas al servicio de los alegres viajeros. Esta gente no tiene otro afán que ganar dinero y se puede comprar su obediencia con facilidad; yo en otro tiempo viajaba bastante por Suiza, y conozco un poco sus costumbres y su idioma: la casualidad ha favorecido nuestras intenciones y nuestros deseos, puesto que el barquero que desde hoy se halla á las órdenes del conde de la Fé es hijo del barquero que ha tomado á su servicio el general Lostan. Debo advertir que, con el objeto de evitar alguna imprudencia que pusiera en guardia al

general Lostan, yo le he dicho al barquero que quedaba al servicio de un caballero francés, porque hubiera sido una imprudencia emplear el nombre de usted en esta ocasion.

—Ha hecho usted bien, amigo Lorenzo, porque el general huiria de nosotros á la menor sospecha, pudiéndonos hacer viajar á su antojo.

Al dia siguiente el conde de la Fé, bajo el nombre de Mr. Víctor Clemant, se hallaba instalado en una bonita quinta de las orillas del lago Lemán; y Daniel, como habia dicho Lorenzo, pudo ver perfectamente, desde la azotea, la hermosa jaula en donde estaba prisionera Clotilde.

Los primeros trabajos de Lorenzo, indicados por el conde de la Fé, se redujeron á comprar la obediencia del barquero; y no les fué difícil, gracias á algunas monedas de oro, el que se aviniera á entregar una carta á Clotilde, como recordarán nuestros lectores.

Así las cosas, entremos en la casa de Mr. Víctor.

El conde y Daniel se hallaban paseando por el jardin.

Serian las once de la noche.

La luna, tan hermosa como poética, plateaba las copas de los árboles, convidando, con su tibia luz, á la meditacion.

El conde iba apoyado en el brazo de Daniel.

Oigamos su conversacion.

—Indudablemente, hijo mio, esta noche tendrás contestacion de Clotilde,—dijo el conde.

—¡Dios lo quiera!

—Lo querrá, porque tú ignoras que hay un Dios para los enamorados. Solo siento que la carta que la has escrito no sea mas espresiva, mas apremiante.

Daniel hizo un movimiento de hombros como si quisiese dar á entender que no estaba conforme con las apreciaciones de su protector.

—Cuando un jóven se halla en tus circunstancias,—repuso el conde,—cuando se siente verdaderamente enamorado y se levantan grandes obstáculos para impossibilitar este amor, no debe emplear nunca las medias tintas. De que Clotilde te ama, estás plenamente convencido, y de que el general te odia casi tanto como te ama su hija, no tienes la menor duda; es preciso, pues, dar un golpe decisivo: es indispensable romper esos obstáculos y poner al marqués del Radio en el caso de que te acepte por yerno.

—¡Oh! Bien sabe usted que no deseo otra cosa.

—Y sin embargo, eres tímido: no te resuelves á abordar la cuestion de frente; no olvides, por lo tanto, que el general puede de un momento á otro concebir esta sospecha, y si perdemos la ocasion, tal vez nos sea difícil encontrar otra.

—Pero, ¿qué es lo que quiere usted que yo haga?

—Lograr á todo trance que Clotilde te conceda una cita: escalar, si es preciso, su ventana ó su azotea; en una palabra, que esa mujer sea tuya en cuerpo y alma, y luego yo te respondo de que el general nos dará su consentimiento.

Daniel exhaló un suspiro: aquel suspiro demostraba

la violencia, la repugnancia que le causaba poner en práctica los consejos del conde.

Para aquel joven de alma pura, de sentimientos castos, era un sacrilegio ofender el pudor de la mujer que tanto amaba.

Y sin embargo, comprendía que su generoso protector le aconsejaba el camino mas recto para lograr sus intenciones.

—Pero usted no ignora, padre mio,—añadió por fin,—que es muy difícil lo que me propone: además, nada podemos resolver hasta recibir una contestacion de Clotilde.

Y empleando una entonacion mas triste, añadió:

—¡Quién sabe! Tal vez me habrá olvidado.

—En cuanto á eso, estoy casi persuadido de que no es cierto. Para que una mujer olvide, es preciso hacerla vivir en sociedad en vez de apartarla de ella. ¿En quién quieres tú que piense esa muchacha sino en tí, desde el momento en que la encierran en la quinta solitaria en que vive? Créeme, Daniel, la audacia es un poderoso auxiliar para las batallas de amor.

Aquí llegaba la conversacion de nuestros dos interlocutores, cuando Lorenzo se presentó en el jardin con una carta en la mano.

—El barquero del general Lostan,—dijo sonriéndose,—me ha entregado esta carta para el señorito Daniel.

Daniel exhaló un grito de gozo, cogió la carta y dijo:

—Padre mio, con el permiso de usted, voy á ver lo que me dice: ya comprenderá usted mi impaciencia.

Y el huérfano se dirigió precipitadamente hácia la casa.

CAPÍTULO V.

Donde el conde vá preparando el terreno.

—¡Pobre muchacho, la ama con toda su alma!—dijo el conde;—será preciso que nosotros le ayudemos, porque de lo contrario no se realizarán nunca sus sueños de amor y felicidad.

Y el conde, cogiéndose del brazo de Lorenzo, añadió:—Vamos á combinar, amigo mio, la manera de que esos pobres muchachos se vean con alguna frecuencia. Es probable que Clotilde conceda á Daniel la cita que le pide, y no me parece del todo difícil que un muchacho jóven y robusto salte las tapias de un jardin ó escale las ventanas de una habitacion.

—Eso es muy fácil, señor conde,—contestó Lorenzo sonriéndose,—pero pudiera traernos muy malas consecuencias.

—¿Cree usted que puede correr peligro Daniel acudiendo á una cita?

—¿Qué duda tiene? Supongamos por un momento que

el general, que, segun parece, odia cordialmente á Daniel, espera emboscado al amante y le suministra, para castigar su imprudencia, un tiro á boca de jarro.

—El general no seria capaz de semejante infamia.

—El general, segun he podido comprender, señor conde, se halla en un estado de excitacion desesperada: quiere á todo trance evitar las relaciones de su hija con Daniel, y le creo capaz de todo. Usted, por otra parte, protector generoso de los dos amantes, se halla dispuesto á ayudarles. Si mi consejo vale en esta ocasion, creo que seria mas prudente y daria mejores resultados lograr que la señorita Clotilde abandonase su casa; en una palabra, que huyera con su amante.

—¡Oh! Si se lograra eso, asegurábamos la felicidad de esos dos muchachos: pero me parece bastante difícil.

—Si ella ama de veras, no habrá obstáculos que la detengan.

—Sin embargo, es un paso demasiado grave.

—El amor, señor conde, no conoce gravedad ni dificultades cuando llega al punto sublime de su desarrollo. Si Daniel sabe conmover las delicadas fibras del corazon de Clotilde, su triunfo es seguro y antes de mucho podremos dar por ganada la batalla.

—Usted comprenderá, querido Lorenzo, que para inducir á Clotilde á que tome una resolucion tan atrevida, es preciso que antes tenga Daniel con ella alguna conferencia.

—No hay duda, pero usted conocerá tambien, señor conde, que si bien no es fácil que el general les sorpren-

da la primera noche que se vean, si las citas se prolongan, puede descubrirlas la noche menos pensada y suceder una desgracia.

—La dificultad de la situación estriba toda en el carácter tímido de mi ahijado.

—Sí, lo conozco: desgraciadamente el señorito Daniel ama con tal pureza, con tanta rectitud de sentimientos, que teme ofender á su amada con una palabra, con una mirada.

El conde, que continuaba paseando apoyado en el brazo de Lorenzo, guardó silencio durante algunos segundos, y luego, fijando una mirada en su interlocutor, dijo:

—¿Cree usted que sería muy difícil comprar con un puñado de oro la voluntad de alguno de los criados de la casa?

—Sí, señor; me parece difícil, porque en casa del general no hay mas criados que Santiago, hombre que posee toda la confianza de su amo, y una cocinera á la cual no me atrevería á dirigir ninguna proposición, porque como no la conozco, no me inspira confianza.

—¿Y el barquero?

—¡Oh! Ese es nuestro en cuerpo y alma; pero como no vive en la casa, de poco ó nada puede servirnos para proteger la cita de los dos amantes.

—Pues, amigo mio, es preciso aprovechar el tiempo,—repuso el conde;—es indispensable que Daniel y Clotilde se vean, porque de lo contrario de nada nos servirían todos los afanes que nos ha costado encontrarle.

—Antes de resolver, será preciso que el señorito Daniel nos diga qué es lo que le escribe en esa carta que acaba de recibir la señora de sus pensamientos.

—En «nombrando al ruin de Roma, luego asoma:» aquí viene Daniel, y por la alegría que resplandece en su rostro, el contenido de la carta debe ser satisfactorio. Tenga usted la bondad de dejarme solo con él; puede esperarme en mi habitación.

Y efectivamente, Daniel se acercaba, y en su juvenil semblante podía notarse esa vida, esa animación que trasmite la alegría.

El conde salió al encuentro de su ahijado, y cogiéndole cariñosamente de su brazo, le dijo:

—Leo en tus ojos que tienes que darme alguna buena noticia.

—¡Oh, sí, muy buena! Clotilde me ama mas que nunca, y esta noche á las doce es probable que tenga la inmensa dicha de verla, de hablarla.

—¡Hola, hola!—contestó el conde, dominando apenas su alegría.—¿Por fin Clotilde se decide á concederte una cita?

—Me dice en su carta que á las doce de la noche me encuentre junto á la puerta pequeña, abierta en las tapias de su jardín. Si la puerta se halla abierta, es una prueba evidente de que ha podido apoderarse de la llave y bajar al jardín; pero que si la encuentro cerrada, me retire y espere una carta suya.

—Esto, por lo menos, nos prueba que si la cita no se efectúa será por causas involuntarias de Clotilde; convie-

ne, pues, hijo mio, conducirse con mucha cordura en esta ocasion, y si tú me lo permites, yo te acompañaré á esa cita.

Daniel hizo un movimiento de disgusto.

—Nada temas, Clotilde no me verá; te esperaré junto á la puerta por la parte que dá al campo. Pudieras correr algun peligro y mi deber es prestarte auxilio: además, estaré mas tranquilo cerca de tí, que lejos. Y ahora, hijo mio, que tienes la completa seguridad de que Clotilde te ama, vuelvo á repetirte no echés en olvido que es preciso aprovechar el tiempo.

Y el conde, cambiando de entonacion, como si se le ocurriera en aquel momento una gran idea, añadió:

—¡Ah si tú pudieras lograr de Clotilde que huyera contigo! Ese seria el camino mas corto para que se realizaran vuestros deseos, para que, bendiciendo un sacerdote vuestra union, brillará sobre vuestras frentes el hermoso sol de la felicidad.

—Pero, padre mio, ¿olvida usted que el hacerle la proposicion á Clotilde de que abandone á su padre, es ofenderla?

—Las ofensas del amor, el amor las purifica. ¡Ay de tí, Daniel! ¡ay de Clotilde, si por un necio escrúpulo perdeis, viéndoos separados, las hermosas y risueñas ilusiones de la juventud!

Daniel exhaló un suspiro é inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho.

—Á la menor sospecha,—añadió el conde, que deseaba aprovecharse del estado del espíritu de Daniel,—á la

menor sospecha el general abandonará las orillas de este lago y, como el errante viajero que huye del peligro que le amenaza, irá á buscar, bajo otro cielo, una vivienda ignorada: la desesperacion entonces se apoderará de vuestra alma y huirá la felicidad de vuestros corazones. Llorareis en silencio la oportunidad perdida, y ¡quién sabe si el tiempo y la desesperacion, agostando en vuestros pechos enamorados la esperanza, os dejará solo el dolor y la melancolía!

Daniel guardaba silencio: las palabras del conde levantaban un eco tristísimo en su alma; comprendia que aquel anciano que con tanta generosidad se habia portado con él, le aconsejaba con la frialdad de la experiencia y de los desengaños.

Pero al mismo tiempo su corazon generoso y puro temia ofender á la mujer que amaba con toda su alma.

—Daniel,—volvió á decir el conde, empleando un acento tiernísimo, una entonacion á la vez grave y cariñosa:—la felicidad de toda la vida consiste á veces en un segundo. Yo, como tú, he amado y, como tú, he temido ofender á la mujer que poetizaba mi sueño: créeme, hijo mio, una ocasion desperdiciada dá por fruto, muchas veces, una existencia de triste y dolorosa soledad. Cuando Clotilde sea tuya, cuando te haya entregado su cuerpo como te entregó su alma, el general no tendrá otro remedio que bendecir vuestra union, porque á ello le obligarán los sagrados deberes de la honra. Debes, pues, hacerle comprender esto á Clotilde, convencerla de que huya contigo si es que te ama, porque yo, hijo mio, no

veo otro camino para la realizacion de vuestros deseos. Medita bien mis consejos, piensa que soy mas avaro de tu felicidad que de la mia, y luego resuelve lo que tu buen juicio te dicte; yo soy un viejo cuyo cuerpo se vá encorvando en busca de la sepultura; tú te hallas en la hermosa primavera de la vida; para tí comienza la vida y para mí se acaba: tú necesitas amor, animacion, ancho campo donde respirar; yo un poco de sol en el invierno, un árbol que me preste su sombra en el verano y un poco de tolerancia y de cariño para sufrir las impertinencias de la vejez.

El conde se detuvo; su entonacion, trémula y débil, parecia indicar que se hallaba afectado.

Daniel, conmovido ante las últimas palabras de su bienhechor, se arrojó en sus brazos, exclamando con el acento entusiasta de la gratitud:

—¡Ah, usted sí que me ama! Es preciso que Clotilde sea mia, y luego nuestro único afan consistirá en rodear á usted de amor y felicidad.

CAPÍTULO VI.

La primera cita.

La noche es el poema del misterio, el idilio del amor, la protectora del crimen; horas de quietud, de silencio, de soledad creadas para el descanso y que, sin embargo, pasan con terrible agitacion para algunos séres.

Apenas habrá un español partidario del templo de Thalía que, al ver una noche de esas claras y serenas que poetiza la tibia y suave luz de la luna, no repita estos ocho versos del célebre autor del *D. Juan Tenorio*:

«Hermosa noche, ¡ay de mí!
cuántas como esta, tan puras,
en horribles aventuras
desatinado perdí.
Cuántas veces, al fulgor
de esa luna trasparente,
arranqué á algun inocente
la existencia ó el honor.»

Clotilde se habia retirado una hora antes que de costumbre y contemplaba triste y silenciosa, desde la

azotea de la casa de Diodati, el hermoso lago Lemán, iluminado por la luna.

Aquella noche tenia algo de sublime para la enamorada hija del general Lostan; por la primera vez de su vida habia concedido una cita á un hombre, y allí, apoyada en la balaustrada de la azotea, estaba esperando la hora, ofendida tal vez con la claridad de la luna, que podia denunciar á su amante.

El temor, la inquietud y el deseo, esas tres debilidades del alma conmovian su corazon.

Temer y desear: hé aquí la vida. Un deseo realizado es un cadáver mas que se entierra en el fondo del alma, una arruga que surca nuestra frente, una ilusion que desaparece y una gota de la ponzoña del hastío que cae en nuestro corazon.

Clotilde dirigia la vista hácia el punto donde se hallaba la quinta de Daniel.

Las copas de los árboles entrecortaban de vez en cuando el camino; pero otra vereda proyectada á la orilla del lago y por donde indudablemente debia venir Daniel, se veia alumbrada por la luna.

Cuando el reloj de una torre vecina dió las doce, Clotilde se estremeció, y como si le faltara el valor cuando mas necesitaba de él, se apoyó en la balaustrada de la azotea.

Durante algunos segundos tuvo una lucha consigo misma. Le faltaba el valor tenia miedo de correr al encuentro de su amante, que sin duda la estaba esperando.

Pero, por otra parte, la puerta del jardín había quedado entornada, gracias á una casualidad que la había hecho dueña de la llave, y si Daniel no la encontraba en el jardín, podía cometer una imprudencia.

Era preciso, pues, salir á su encuentro; era indispensable arriesgar el todo por el todo.

Clotilde hizo un esfuerzo sobre sí misma, y mientras se llevaba una mano al pecho, como para sujetar los latidos de su corazón, murmuró en voz baja:

—Me estará esperando: valor.

Luego comenzó á descender por la escalera, tomando todas las precauciones posibles para no ser descubierta.

Llegó felizmente al jardín, y se encaminó, ocultándose entre los árboles, hácia la pequeña puerta, practicada en la tapia, que daba al campo.

Como á unos ocho pasos antes de llegar, se detuvo.

Un hombre se hallaba parado junto á la puerta y medio oculto en la sombra que proyectaba el muro.

Clotilde ni se atrevía á avanzar ni á retroceder. Tenía miedo de que aquel hombre no fuese Daniel. Pero esta indecision, propia de la timidez, duró poco.

El hombre avanzó dos pasos: un rayo de luz cayó sobre su frente, iluminando por completo su semblante. Era Daniel. Clotilde, al reconocerle, avanzó sin miedo hácia su encuentro.

—¡Bendita seas!—esclamó Daniel en voz baja, apoderándose de una de las manos de Clotilde y cubriéndola de besos.

—¡Ah, Daniel! ¡cuánto he sufrido durante estos días de ausencia!—murmuró Clotilde, dejando caer su hermosa cabeza sobre uno de los hombros de su amante.

—Yo también he sufrido mucho, amor mío: yo también he tenido momentos en que creí que no volvería á verte jamás. Pero por fin vuelvo á encontrarte, y si tú me amas, si quieres que no nos separemos nunca, si te inspira confianza el amor que te profeso, antes de mucho podré llamarte mi esposa.

—Daniel: tengo la completa seguridad de que mi padre no me concederá nunca su consentimiento.

—Lo sé y lo deploro, querida Clotilde, pero tú no ignoras que contra la tiranía de tu padre está la firmeza del amor.

Y Daniel, cogiendo cariñosamente por la cintura á Clotilde, la condujo hasta un banco rústico que se hallaba cerca de aquel sitio.

—Ven,—le dijo,—es preciso que hablemos, es indispensable que convengamos el modo de asegurar nuestra felicidad.

Clotilde se dejó conducir. Se sentaron en un banco sobre el cual formaban una especie de tendal las enredaderas y plantas trepadoras.

La luz de la luna no penetraba en aquel sitio: podían, pues, hablar sin tener ese testigo molesto y denunciador de la reina de la noche.

Daniel cogió ambas manos de Clotilde y, mirándola con esa fijeza codiciosa del amor, le dijo:

—Tengo la seguridad, vida mía, de que tú me amas

tanto como yo te amo; sé que te inspiro una gran confianza y permíteme que crea que tu felicidad y la mia consiste en que un dia podamos darnos el dulce nombre de esposos: pero sé tambien que si ese dia ha de llegar por el consentimiento de tu padre, esperaremos en vano, pues veo que está resuelto á oponerse á nuestro amor.

—¡Y si vieras lo que sufre al verme triste!

—Si no te ofendieras, te diria que no comprendo ese sufrimiento.

—Mi padre me ama con todo su corazon.

—Y, sin embargo, tiene un gran empeño en hacerte desgraciada.

—¡Ah, Daniel! Los hombres, cuando llegan á cierta edad, lo sacrifican todo al orgullo, al interés de familia. Mi padre, para oponerse á nuestra union, no tiene mas razones que la humildad de tu cuna.

—Pero, ¿ignora él, por ventura, que soy el heredero de la fortuna y aun del título del conde de la Fé?

—Todo lo sabe, y sin embargo, cada dia le encuentro mas opuesto á nuestra union.

—Es bien incomprendible su conducta.

—Pero yo, como hija sumisa, debo respetarla.

—Tú no debes, de modo alguno, sacrificar la felicidad de tu vida, y si tú tuvieras valor...

—¿Puedes dudar de él, cuando acudo á esta cita?

—No; no es eso, Clotilde: escucha. ¿Tienes confianza en mí?

—Conozco la pureza de tu amor y seria ofenderte el no tenerla.

—Pues bien; entonces en tí sola estriba la felicidad de ambos.

—No te comprendo.

—No lejos de este sitio existe una capilla católica en donde un venerable sacerdote rinde culto al Dios de nuestros mayores: si quieres seguirme, antes de dos horas serás mi desposada.

—Pero, ¿y mi padre? ¿y mi padre?

—No desconozco que mañana, cuando se presentara el conde de la Fé á decirle que su hija era mi esposa, el general pondria el grito en el cielo; pero despues de desahogar su cólera, al ver que habia sido burlado, acabaria por hacer lo que hacen los padres: perdonar, olvidar.

Y como Clotilde guardara silencio, inclinando la cabeza sobre el pecho, sin duda porque meditaba las proposiciones de su amante, éste volvió á decir:

—Sucede en la vida real, con bastante frecuencia, que la autoridad paterna se oponga á los amores de dos jóvenes: si este amor es firme, si es verdadero, si no le alimenta una pasion bastarda ó una idea egoista, el amor conduce á los dos amantes al pié de los altares, y algunos dias despues el padre que habia negado con crueldad increíble el consentimiento, perdona y olvida, y abriendo los brazos y las puertas de su casa á la hija desobediente, la estrecha contra su pecho llorando y vuelve á renacer la calma y la bienandanza de la familia. Esto es, querida Clotilde, lo que nos sucederá á nosotros: un poco de valor, y la felicidad se aposentará en breve en nuestros corazones.

—No me atrevo, no me atrevo, Daniel.

—Entonces no me amas,—contestó Daniel soltando las manos de Clotilde.

—¡Que no te amo!—esclamó la jóven con una entonacion que hizo estremecer hasta la última fibra del corazon de su amante;—eres injusto; si no te amara no hubiera tenido mi padre necesidad de instalarnos en las orillas del lago Lemán.

—Perdona, Clotilde, perdona si mis palabras han podido ofenderte: para mí no hay luz en el espacio, armonía en la vida ni perfume en las flores sin tu amor, y yo no quiero violentarte, porque el amor suplica y no manda; pero quiero que comprendas nuestra situacion. Ya conocerás que yo no he venido de España para verte esta noche por última vez, y que para conseguir nuevas entrevistas, romperé todos los obstáculos que se me presenten: pues bien, la noche que tu padre nos descubra, te arrancará, á pesar nuestro, de las orillas de este poético lago, y al vernos separados, volverá á caer en la mas triste desesperacion. Pero una vez bendecidos por un sacerdote, será preciso que respete nuestra union: no es el egoismo el que te aconseja, es el amor: te amo por tí misma, á tí, á Clotilde, á la mitad de mi alma; me importan poco ni tus pergaminos ni tu fortuna; si fueras la hija de ese pobre barquero que te pasea todas las noches, te amaria lo mismo que te amo hoy, que te amo ahora. Jamás me ha preocupado la idea de que seas hija de un marqués, de que llesves con tu mano un crecido dote: desde el momento en que te ví, te amé, y al elevarte

un santuario en el fondo de mi corazón, solo sentía una pena, solo me afligía un dolor: que fueses rica, que fueses noble. Si la casualidad no me hubiera deparado un protector rico y poderoso que, abriéndome los brazos, me ha dicho: «yo seré tu padre, mi fortuna será tuya,» este amor que te profeso hubiera muerto en mi alma sin asomar nunca á mis labios: si tu padre mañana, juzgándome como á un hombre vulgar, se atreviese á decirme: «tú has puesto los ojos en mi hija porque, casándote con ella, te librabas de la miseria,» yo arrojaría á los pies de tu padre su fortuna, que para nada necesito, porque yo no quiero mas que tu amor, que es mi vida, tu amor, que es el sueño querido de mi existencia.

Clotilde, con la frente lánguidamente apoyada en uno de los hombros de Daniel, escuchaba embebecida aquellas palabras que, una á una, penetraban en su alma.

Era un corazón apasionado el que hablaba, sin buscar los recursos tan peculiares á esos piratas del amor que, para conquistar una voluntad, emplean siempre un lenguaje hueco y teatral.

Por eso sin duda producían mas efecto á la organización privilegiada de Clotilde.

Si el conde de la Fé hubiese oído á su ahijado, indudablemente hubiera quedado satisfecho de él.

Las proposiciones de Daniel habían llevado de un modo absoluto la confianza al corazón de Clotilde.

Comprendía que era preciso dar aquel paso propuesto por su amante para asegurar la felicidad en lo porvenir,

pero le faltaba el valor para tomar tan enérgica resolución sin meditar algunas horas.

—Daniel,—dijo por fin Clotilde levantando la frente y fijando sus ojos llorosos en el rostro de su amante,— Daniel, comprendo toda la fuerza de tus razones, pero yo te pido veinticuatro horas de término para resolverme.

—¿Y sabes tú si mañana será tarde?

—No lo será.

—¿Y si á tu padre se le ocurre emprender un nuevo viaje?

—Me opondré á ello.

—¡Tú!

—Sí, yo; me fingiré enferma, y te juro por nuestro amor que permaneceré en las orillas del lago Lemán hasta que vuelva á tener contigo otra conferencia.

—Piensa, Clotilde, que este retraso pone en grave peligro nuestra felicidad futura.

—Lo he resuelto; necesito meditar lo que me has propuesto.

—Sea como gustes,—contestó con marcado disgusto Daniel.

—Mañana por la noche, cuando el reloj de la torre dé las doce, estaré esperándote en este mismo sitio. Habla á este sacerdote, tenlo todo dispuesto, porque es muy probable que vayamos á recibir su bendicion y á suplicarle ruegue á Dios por nuestra felicidad.

Daniel no pudo contener un grito de gozo, y dejándose llevar por esa fuerza misteriosa, superior á nuestra voluntad, porque nace del alma, estrechó contra su pe-

cho á Clotilde, depositando en su frente un beso respetuoso.

Clotilde se levantó, puso una mano sobre la cabeza de su amante, y contemplándole con amorosa ternura, dijo:

—Mañana á estas horas vendré á ser la desposada del hombre que acaba de imprimir sus labios en mi frente.

Daniel exhaló un grito de alegría, y cayendo de rodillas á los piés de Clotilde, juntó las manos en ademán suplicante y murmuró en voz baja estas palabras:

—¡Bendita seas!

Clotilde entonces inclinó poco á poco su hermosa cabeza, cogió las suplicantes manos de Daniel, y levantándole del suelo, dijo en voz baja:

—Hasta mañana, Daniel mio; confía y espera.

Y luego desapareció velozmente entre los árboles del jardín.

Daniel dió un paso como si tratara de seguirla, pero se detuvo, y encaminándose hácia la puerta, se dijo hablando consigo mismo:

—Mañana será mia; el conde de la Fé conoce el corazón humano.

—Mañana será mia; el conde de la Fé conoce el corazón humano.

—Daniel no pudo contener un grito de gozo, y dejóse

CAPÍTULO VII.

Servidor leal.

El conde de la Fé esperaba á su ahijado á pocos pasos de las tapias del jardin. Al verle llegar, le salió al encuentro.

—Supongo,—le dijo,—que habrás visto á tu amada.

—¡Oh! sí, padre mio, sí, la he visto, y me ama mas que nunca.

—Perfectamente; dame el brazo, y mientras llegamos á casa por la orilla del lago, cuéntame todo lo que habeis hablado.

—Eso seria muy difícil. ¿Quién es capaz de retener en la memoria lo que habla en la primera cita de amor?

—Dices bien; pero yo no te exijo que me repitas testualmente todas las palabras, sino el resultado de esa entrevista, porque sospecho que depende de ella vuestra felicidad.

—He propuesto á Clotilde que nos una un sacerdote.

—¿Y ha accedido?

—Casi me atreveria á asegurar que sí.

—Entonces desaparecerán muy en breve todas las dificultades.

—Mañana volveré á verla, y entonces ella habrá tomado una resolucion definitiva.

—De manera que te ha pedido un plazo para decidirse.

—Sí, un plazo de veinticuatro horas.

—Cuando la mujer pide un plazo, es solamente un pretesto; creo que debemos disponerlo todo para vuestro casamiento, y te doy anticipadamente la enhorabuena.

—Sin embargo, debemos esperar hasta mañana á la noche.

—Concedido, y Dios quiera que de aquí á entonces no descubra nuestros planes el general.

—Clotilde no abandonará por ahora la casa en que vive.

—¿Te lo ha ofrecido?

—Sí: está resuelta á oponerse si su padre le propone algún nuevo viaje.

—Con tal de que ella tenga fuerza de voluntad y bastante energía para mantener su ofrecimiento...

—Lo tendrá, porque me ama con toda su alma.

—¡Ah, juventud, juventud! siempre confiada, siempre llena de ilusiones, y sin pensar jamás que á la imaginacion voluble de la mujer le basta una sola hora para echar por el suelo los planes mejor combinados, para olvidar las promesas con ferviente amor pronunciadas.

—Padre mio, ¿por qué se complace usted en juzgar á todas las mujeres de una misma manera?

—Porque no he encontrado nunca una que no ado-

lezca de los mismos defectos que las demás; pero hago una honrosa escepcion de Clotilde, y esperaré, sin temor de que te falte á su promesa, veinticuatro horas.

—Cuando Clotilde sea mia, cuando pueda presentarla ante el mundo como mi esposa, procuraremos los dos, á fuerza de cariño y de afanes, lograr que con el tiempo forme usted mejor opinion del bello sexo.

—Hijo mio, yo soy muy viejo para que cambie de gustos y de inclinaciones, pero no te preocupe lo que yo pienso de las mujeres. Amas á Clotilde y eres amado por ella, y precisamente vuestra felicidad consiste en el amor que os profesais.

Mientras tanto llegaron á la casa, donde les estaba esperando Lorenzo con alguna inquietud.

El conde se despidió de su ahijado y se encerró con el hombre de su confianza.

—Supongo, que habrá usted visto al sacerdote.

—Sí, y bendecirá á los jóvenes á cualquiera hora que se llame á su puerta.

—Creo que esa ceremonia tendrá lugar mañana al amanecer.

—Luego Clotilde...

—Cederá á los ruegos de su amante.

—Entonces me apresuro á dar al señor conde la enhorabuena.

—Aun no ha llegado ese momento. Esperemos, esperamos, amigo Lorenzo. Las mujeres son volubles como el viento de Marzo, y no se debe tener mucha confianza en sus promesas. Buenas noches: descansen algunas

horas por si mañana nos vemos en la precision de emprender precipitadamente un viaje.

Al dia siguiente Santiago entró, como de costumbre, en la habitacion del general.

—Santiago,—le dijo don Pedro,—manda que ensillen mi caballo; quiero dar un paseo por las orillas del lago.

—El caballo está esperando en el portal; pero antes que el señor salga, tengo que darle algunas noticias, porque yo velo siempre por la honra de mi amo.

El ayuda de cámara pronunció estas palabras con tanta gravedad, con una entonacion tan seria, que el general le miró con fijeza y dijo:

—¿Qué ocurre? Habla.

—Anoche creí ver cruzar una sombra por delante de mi puerta. Esta sombra descendió por la escalera y bajó al jardin. Yo quise saber la verdad de aquel misterio y, tomando las precauciones convenientes, procuré seguir á la sombra sin que ella me viera, y efectivamente, señor, no me habia engañado; una mujer se hallaba en el jardin: era la señorita Clotilde.

El general se estremeció, pero no sospechando á donde llegaria el relato de Santiago, dijo:

—¡Pobre Clotilde!... Pasa las noches en vela, y cansada de estar en su habitacion, habrá bajado á pasearse.

—La señorita Clotilde,—añadió Santiago con la misma entonacion,—se dirigió, procurando ocultarse entre la sombra que proyectaban los árboles, hácia la puerta

falsa del jardín, y descorriendo el cerrojo, la abrió.

El general levantó la frente con rapidez, conmovióse su cuerpo y su semblante como si no se atreviese á dar crédito á lo que le decia su ayuda de cámara, y dando á su voz una entonacion estraña, dijo:

—Eso no es posible, Santiago.

—Espero que el general no me hará el agravio de dudar de mis palabras cuando sepa toda la historia que voy á referirle.

—Continúa tu relato. Me tienes impaciente, porque sospecho que una nueva desgracia me amenaza.

—Yo me oculté detrás de un arbusto que se halla junto á la puerta. Desde allí podia ver á todo el que entrara y saliera. Un reloj dió las doce campanadas de media noche, y poco despues un hombre penetró por la puerta. La luna era bastante clara y favorecia mis deseos. Observé que la señorita Clotilde permaneció un momento indecisa, pero pronto se decidió y fuése hácia la puerta. Entonces con tanto asombro como terror, reconocí al hombre que acababa de penetrar en el jardín: era Daniel.

—¡Daniel!—repitió el general levantándose de la butaca como movido por un resorte.—¡Daniel! volvió á repetir con desfallecido acento, dejándose caer casi desvanecido. ¡Oh! ¡eso no es posible! porque, á ser verdad, seria preciso pensar que Dios le conduce para mi castigo.

—Tambien yo dudé un momento como usted, general,—añadió Santiago,—tambien yo no queria dar crédito á lo que veian mis ojos; pero desgraciadamente tuve que

convencerme de que no era un sueño, de que tenía á pocos pasos de mí á Daniel.

—¡Ah! ¡por qué no viniste á avisarme al instante!

—Aquella cita me aterraba,—repuso Santiago;—no podia esplicarme que hubieran burlado mi vigilancia, y al mismo tiempo temia dejarlos solos, receloso de que cometiesen alguna imprudencia. Afortunadamente, no tardé mucho en tranquilizarme. El honor de la señorita Clotilde estaba tan puro como el primer dia que aspiró el aire de la vida. Procuré ocultarme detrás de un cénador, y aunque hablaban en voz baja, lo oí todo. Me hubiera sido fácil tocarles extendiendo el brazo.

Santiago se detuvo; el general permanecia anonadado.

—El amor de Daniel y Clotilde es puro como el perfume de las flores, como la luz de la alborada,—añadió Santiago.—Durante dos horas escuché su conversacion. Fortuna y no poca ha sido, señor, que yo viera cruzar la sombra por delante de mi cuarto, pues de lo contrario, mañana tendríamos que lamentar una gran desgracia.

—¿Qué dices?

—Daniel propuso á Clotilde la fuga.

—¿Y ella aceptó?

—Despues de vacilar algunos momentos, pidió un plazo para decidirse.

—¿Y ese plazo?...

—Termina esta noche al dar las doce.

—Mi hija no me abandonará nunca.

—Señor, nuestros enemigos, es decir, el conde de la Fé, que ha sabido encontrarnos en las orillas del lago

Leman, es el ángel malo de Clotilde. Daniel, aconsejado por el conde, le propuso la fuga para conducirla á una capilla católica y darle allí el nombre de esposo. «Después de esto, le dijo, tu padre no tendrá mas remedio que perdonar, porque te ama con delirio.» La señorita quedó convencida, y yo me espanté de las maquiavélicas combinaciones del conde. General, es preciso poner en breve remedio á los peligros que nos amenazan. —

—¡Gracias, Santiago! ¡gracias! Tu lealtad, tu celo incansable han librado á mi hija de la desesperacion, y á mí de la deshonra y la vergüenza. Dices que el conde de la Fé ha sabido encontrarnos, lo cual me supone que se halla en esta tierra.

—Sí, vive en una quinta situada á la orilla del lago, á media hora de distancia de la nuestra.

—Está bien, yo le sabré encontrar. Aun no se ha perdido todo. Dispon el equipaje, pues esta noche abandonaremos este país.

—Me he olvidado decir á usted, general, que la señorita Clotilde ha empeñado su palabra de honor y jurado al mismo tiempo, que no abandonará esta casa aunque usted se lo mande.

—¿Tanto le ama, que le prefiere á su padre?—preguntó el marqués con doloroso acento.

—Con toda su alma.

El general inclinó la frente sobre el pecho, exhaló un suspiro y permaneció un momento inmóvil.

—¿No seria mejor revelarle la verdad, señor general?

—dijo Santiago en voz baja.

Don Pedro levantó la frente y repuso:

—Aun no es hora, porque todavía me queda un resto de esperanza.

Y, levantándose, añadió:

—¿Dices que el caballo me espera ensillado?

—Sí, señor.

—Dame la caja de pistolas de combate.

—¡Señor!—tartamudeó Santiago vacilando.

—Dámela, Santiago; es preciso que yo mate á ese hombre.

El ayuda de cámara obedeció, y sacando de un armario una elegante caja de cedro con ensambladuras de plata, se la entregó al general.

El general abrió la caja, cargó con calma las pistolas y luego las guardó en los anchos bolsillos del pecho de su gaban, diciendo:

—Á ti te encomiendo mi hija. Si á las diez de la noche no he regresado, es prueba de que no existo, y entonces colocarás sobre la mesa de noche del dormitorio de Clotilde el cofrecillo de ébano donde se hallan encerradas las Memorias de Ángela, diciéndole que lea aquel manuscrito, para que sepa por qué su padre se oponía á que fuera la esposa de Daniel.

Y como Santiago diera un paso para detenerle, el general hizo un ademán altivo, añadiendo:

—Ni una palabra mas, Santiago. Mi testamento se halla tambien en el cofrecillo. Es preciso que yo mate al conde ó que muera yo á sus manos.

Y diciendo esto, salió de la habitación.

CAPÍTULO VIII.

Donde la Providencia se burla de un conde
y de un marqués.

La fatalidad, como verán nuestros lectores, condujo al general Lostan á la quinta que ocupaba el conde de la Fé.

Cuando salió montado de la casa de Diodati, vaciló un segundo, dudando si tomaria el camino de la derecha ó el de la izquierda.

Un movimiento voluntario del caballo le condujo hácia el de la izquierda, y entonces ya no vaciló: siguió adelante el camino, siempre por la orilla del lago, deteniéndose en todas las casas de campo que encontraba.

Por fin, despues de una hora de marcha y de averiguaciones, cuando ya se disponia á desandar lo andado y seguir el camino opuesto, observó, al pasar por junto á una casa de campo, que un hombre que se hallaba asomado á una de las ventanas del piso bajo, se retiraba precipitadamente, cerrando las persianas.

Todo aquello habia sido tan brusco, tan inmotivado, que el general se dijo:

—Aquí debe vivir.

Y echando pié á tierra, ató el caballo á un árbol y entró resueltamente en la casa.

Un hombre, para él desconocido, le salió al encuentro: era Lorenzo.

—Tenga usted la bondad de decir al señor conde de la Fé, que un español, antiguo amigo suyo, necesita verle al momento.

Lorenzo habia reconocido al general Lostan, y sospechando que todo se habia descubierto, vaciló un momento.

Pero muy pronto se repuso; un pensamiento infernal cruzó por su mente, y saludando con respeto, en vez de negar que el conde viviera en aquella casa, dijo:

—Tenga usted la bondad de esperar un momento, caballero. Voy á pasar recado al señor conde.

El general se sorprendió de la facilidad con que se le abrian las puertas de aquella casa, y dirigiendo una mirada en derredor suyo, buscó á Daniel; pero Daniel no se hallaba allí.

El marqués no podia esplicarse la buena fé del criado. Creia que encontraria alguna dificultad antes de tener una entrevista con el conde.

Trascurrió un cuarto de hora.

El general comenzaba á impacientarse, cuando Lorenzo, con la sonrisa de los criados adaladores en los labios, salió de la habitacion donde habia entrado y dijo:

—El señor conde pide á usted perdon por haberle

hecho aguardar tanto y le espera á usted. Por aquí.

El general entró en la habitacion que le habia indicado Lorenzo.

Allí estaba el conde de la Fé, junto á la ventana que daba al jardin, sereno, tranquilo, aunque muy pálido.

Durante un momento aquellos dos hombres que se odiaban de muerte se estuvieron contemplando.

—Supongo, señor conde, que habrá usted adivinado á lo que vengo.

—Solo supongo, general, que cuando usted se presenta tan de improviso en mi casa, debe haber sucedido algo grave en la suya.

—Pero no tanto como usted desea, porque he llegado á tiempo para parar el golpe que usted traidoramente pensaba dirigirme.

—¿Viene usted á insultarme á mi casa?

—Vengo á algo mas, señor conde: vengo por tu vida ó á darte la mia,—esclamó don Pedro con acento amenazador.

—¡Ah! vamos, ya comprendo,—añadió el conde sin inmutarse:—continúa usted con la monomanía de proponerme desafios. ¿Viene usted á que nos batamos por cuarta vez?

—Sí, pero á muerte.

—Á nuestra edad es una locura un duelo á muerte! Además, ignoro las razones que motivan el implacable ódio que me profesa. Puede usted, si le place, matarme, asesinar-me, pero yo no me tomaré el trabajo de defenderme.

—¡Es usted un cobarde, señor conde! ¡un infame! ¡un miserable hipócrita!—esclamó el general palideciendo de rabia.—Parece imposible que en el corazón de un hombre quepa tanta maldad. Pero la suerte está echada, y si usted no quiere batirse, me verá precisado á levantarle la tapa de los sesos, resulte lo que resultare.

Y el general, sacando las dos pistolas, presentó las culatas al conde, añadiendo:

—Acabemos: esta escena no debe prolongarse. Entre nosotros no son necesarias las esplicaciones. Usted sabe que yo no ignoro todo lo que usted ha hecho para llenar de luto la existencia de dos seres á quienes amo con toda mi alma, para cubrir de lodo mi honra; pero afortunadamente he descubierto la intriga y el paradero del conde de la Fé para evitar una gran desgracia. Elija usted una de estas pistolas; las dos están cargadas por mi mano: no perdamos tiempo.

—He dicho que no me bato. Puede usted hacer lo que guste.

El general exhaló un rugido de rabia, dejó una pistola sobre la mesa y montó la otra, y adelantándose hácia el conde con el arma apuntada al pecho, le dijo:

—¡Cobarde! ¡cobarde! ¡cobarde! Voy á imprimir en tu rostro un insulto que siempre es repugnante á los caballeros; pero tú me pones en ese caso. Veremos si luego te bates.

El general pasóse la pistola de la mano derecha á la izquierda y se abalanzó hácia el conde en actitud de darle una bofetada.

Don Fernando retrocedió hasta apoyar la espalda en la pared.

En este momento un hombre, con increíble rapidez, saltó por la ventana del jardín, y colocándose cruzado de brazos entre el general y el conde, dijo:

—Señor general, ¡ay de usted si llega á ofender las nobles canas de mi generoso protector!

El general retrocedió aterrado. Tenía delante á Daniel, sereno, altivo, amenazador. Dios, sin duda, le ponía ante su paso para salvar al conde.

Daniel, aprovechando el momento [de estupor del general, cogió la pistola que se hallaba sobre la mesa, la montó y dijo:

—Señor general, usted acaba de ofender groseramente á mi padre, y ante los insultos que han pronunciado sus labios, la gratitud que para el conde de la Fé guarda mi corazón me hace olvidar hasta lo que más amo en el mundo: á Clotilde. Viene usted á esta casa buscando una vida, quiere usted ser protagonista en un duelo á muerte, pues bien, general, ¡en guardia! Vamos á batirnos los dos, y le concedo la ventaja, por respeto á sus canas, de que dispare primero.

Daniel se cruzó de brazos delante del general, que, aterrado ante la serenidad altiva del jóven, retrocedió dos pasos, se escapó la pistola de su mano y se dejó caer en una butaca, murmurando en voz baja:

—¡No! ¡jamás! ¡eso sería horrible!

El conde se sonrió como hubiera podido hacerlo Satanás.

Aquel enemigo irreconciliable estaba humillado en presencia de su hijo; pero una idea cruzó por su mente y se dijo hablando consigo mismo:—Si ha llegado para el general la hora del arrepentimiento, si le revela á Daniel el origen de su nacimiento, la venganza se me escapa de las manos. Es preciso que esta escena no se prolongue, y Lorenzo tarda mucho.

Durante la pausa que siguió á la situacion que acabamos de describir, el conde estuvo inquieto, dirigiendo miradas hácia una puerta que se hallaba en el fondo de la habitacion.

Daniel, por su parte, no se esplicaba el abatimiento del general.

En este momento la puerta del fondo de la habitacion se abrió. Lorenzo, seguido de otro hombre, entró por ella.

El general se hallaba de espaldas á aquella puerta y profundamente abismado, como el hombre que se ve castigado por la mano de la Providencia.

Daniel y el conde vieron, sin demostrar estrañeza, á Lorenzo y al hombre que le seguia acercarse andando de puntillas hácia el sitio donde se hallaba el general.

Lorenzo llevaba en la mano una de esas mantas de viaje de lana escocesa.

Cuando estuvo á un pié de distancia del general, rápidamente le cubrió la cabeza con la manta, y entonces, antes de darle tiempo para reponerse, se abalanzaron sobre él Lorenzo y el hombre que le seguia.

GOBIERNO GENERAL DE ESPAÑA

148

TÁBULAS DE ESPOSO.

TRATADO DE DIFERENCIAS DEL CRISTO

REVISIONES Y ADICIONES EN LOS LIBROS DE LOS REYES, ETC.

que se han de hacer en los libros de los reyes, segun el orden de las cosas, segun el orden de las cosas, segun el orden de las cosas.

POR EDUARDO DE MIER

LIBRO DE LA FORTIFICACION.

Las tablas de Esposo, segun el orden de las cosas, segun el orden de las cosas, segun el orden de las cosas. Cada una de ellas es un tratado de fortificacion, segun el orden de las cosas, segun el orden de las cosas, segun el orden de las cosas.

LIBRO DE LA FORTIFICACION.

LA CARCALADA.

(REVISION DE UN BUEN HILLO)

de los reyes de España

ERNESTO GARCIA LADEVERE.

Magister de la Universidad de Salamanca, segun el orden de las cosas, segun el orden de las cosas, segun el orden de las cosas.

A UN CUARTILLO DE REAL LA ONCE.

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicacion ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.³